

CINE

"El buscón"

Poca suerte ha tenido Luciana Berriatúa con su primera película. Realizada con escasos medios en 1975, sólo ahora ha visto la luz. Las deficiencias del primer momento han sido aumentadas por el tiempo. Doblemente lamentable cuando Berriatúa ha tenido en su mano el hacer una espléndida película sobre la picaresca española —que, con excepción de la serie televisiva de Fernando Fernán-Gómez, "El pícaro", y algunos personajes aislados de ciertas películas de Berlanga, no ha tenido hasta ahora una adaptación al cine de interés.

Berriatúa se encontró sumido en la riqueza expresiva del mejor Quevedo y ha querido llevarlo al cine de forma didáctica, pero sin olvidar las posibilidades de juego que esos textos le permiten. El error estaba en que lo inventado por el cineasta no enriquecía el original y, lo que es peor, en cualquier caso lo emborrachaba o lo distorsionaba. Porque en "El buscón" hay que hablar inmediatamente de confusión. La hay en el guión y la hay luego en la puesta en escena, sin olvidar el deficiente sonido, que impide en ocasiones la simple comprensión de lo que se dice (al menos en la copia exhibida en el cine El Españolto, de Madrid). Esa confusión es producto de una cierta ingenuidad, de un querer decirlo todo sobre la picaresca, de querer hacer un retrato de cierta España eterna por acumulación y no en síntesis dialéctica. En ese conjunto, quedan desprendidas las excelentes muestras de humor con que tanto Luciano Berriatúa como el amplio e inteligente grupo de actores han bordado su trabajo: Paco Algora, Ana Belén, Juan Diego, José Vivó, Quino Pueyo (quizá este último excesivo en ocasiones), Miguel Arribas, Félix Rotaeta, Paco Rabal... Muchos y buenos, riéndose a sus anchas y, en ocasiones, haciendo reír al espectador, como en esa segunda representación teatral, obra original del buscón. Pero son elementos aislados, ya

que el humor no ha impregnado suficientemente el juego completo de la película. Quizá las dificultades del rodaje, quizá el tiempo transcurrido... Lo que no elimina en forma alguna el valor de Berriatúa al abordar en una primera película un texto tan difícil como el de Quevedo, rompiendo la tónica costumbre de la autoconfesión o el intento de pelucilla "comercial" que asegure un mediocre porvenir. Lo que no hace justo que su director se haya detenido en este primer intento. Pero vendrán tiempos mejores. ¿O no? ■ DIEGO GALAN.

"Estado de sitio"

Inspirándose en unos hechos reales (el secuestro y posterior ejecución del súbdito norteamericano Dan Anthony Mitrione —Uruguay, 1970—), Costa-Gavras, en colaboración con el guionista Franco Solinas, ha realizado la mejor de sus películas políticas. Quizá menos brillante que "Z", pero sin duda también menos ambigua y de una mayor eficacia. Este último término es el campo de batalla de las discusiones en torno al llamado cine político. Se entiende siempre que la necesidad de dar prioridad a una estructura dramática y las relaciones de los autores con los dueños del dinero determina en este tipo de títulos una manipulación que conduce, como mucho, al planteamiento superficial de unos temas y unos problemas que precisan para su comprensión de un tratamiento más riguroso y profundo.

Dentro de esas condiciones, Costa-Gavras ha eludido, sin embargo, gran parte de los problemas al pretender sólo el enunciado de una situación que puede ser conocida por periódicos o revistas de una manera perenne: la infiltración de los Estados Unidos en la política de países ajenos no ya sólo en términos "amistosos", sino en la consecución de golpes de Estado, masacres, atentados... La CIA organiza la violencia que precisa para defender el poder de sus aliados, de aquellos que conservan los intereses económicos de las grandes multinacionales. El juego dramático de

"Estado de sitio" (donde se reproduce el secuestro de Mitrione y se conserva fielmente gran parte del juicio popular que los tupamaros le hicieron en su encierro) se dirige sólo a abundar aún más en esa información, y, en consecuencia, en defender la lucha abierta contra esa colonización sanguinaria. La estructura novelada del proceso, en un admirable "crescendo" dramático, emociona al espectador al hacerle revivir la tensión de los tupamaros. Emoción que no queda aislada, que no se agota en sí misma, ya que —aunque

en ocasiones sea en términos ingenuos— se establece en la película un inteligente juego dialéctico. De un lado, la realidad del juicio que merece el secuestrado; de otro, la "alta política", las declaraciones, los intereses ocultos, el Parlamento, la manipulación de la información... No hay opción en "Estado de sitio" para huir de la evidencia. La realidad se hace aplastante. Cada cual, al salir del cine, reflexionará o no sobre lo que ha visto, pero es imposible que haya dejado de entenderlo.

"Estado de sitio", de Costa-Gavras.



Gutiérrez Navas

Un pintor sevillano que jamás quiso exponer —Manuel Gutiérrez Navas— lo hace en Madrid. El empeño de sus discípulos logra ahora, siete años después de su muerte, lo que el maestro nunca permitió. Y, vista la muestra de Grifé & Escoda, los alumnos llevaban razón frente al profesor.

Nacido en Sevilla en 1890, Gutiérrez Navas se formó pictóricamente en Madrid, adonde la familia se había trasladado en razón de los estudios de sus hijos (un hermano suyo fue arquitecto). Con el gran maestro Cecilio Pla estudió cinco años el pintor sevillano y luego se dedicaría a la ilustración de revistas ("España", "Bética", "La Ilustración

Española", "La Esfera", "Blanco y Negro", "Mundo Ilustrado"...). Renombrado como retratista, en la pinacoteca del incendiado teatro Español figuraban obras suyas.

Gutiérrez Navas también escribía teatro. En los años republicanos estrenó varias comedias: Manuel Colllado y Josefina Díaz pusieron en escena "Un tiro", y Milagros Leal, "Arriba", más tarde paseada por América. Hizo otras obras teatrales ("Me sacrificaré", "Ha empezado") y guiones cinematográficos para Cifesa ("Torbellino").

Al término de la Dictadura, "El Herald de Madrid" le preparó una curiosa exposición de sus "mismografías" (manchas gráficas). Surgieron de una enfermedad de juventud que le obligó a guardar ca-

Cierto que al espléndido resultado final de la película —realizada en 1972 y retenida hasta ahora por la censura española— colabora el amplio número de actores, de los que no supone ninguna sorpresa el excelente trabajo de Yves Montand, pero al que hay que añadir con los mismos adjetivos los de Renato Salvatori, Jacques Weber, O. E. Hasse, Jean-Luc Bideau... Un trabajo de equipo donde cada cual ha entendido su cometido y del que puede imaginarse que nadie se ha sentido al margen. ■ DIEGO GALAN.

ARTE

Ya iba a empezar mi comentario a la exposición de José Abad —la que está abierta en el Palacio de Cristal del Retiro—, cuando, al mirar el catálogo, me doy cuenta de que esa exposición tiene un título: "Homenaje al barroco". Un título en una exposición —y ello no es muy corriente— es un previo dato argumental, una profesión de fe sobre la que no parece correcto pasar indiferentemente, sobre todo a los que nos erigimos en comentaristas. Y tiene más el catálogo: tiene una introducción de Maud Westerdahl, que me reservo para leer y disfrutarla tranquilamente en casa, porque esa estoy seguro de que nos dirá, como siempre, cosas bien sabrosas... Y tiene otra más larga introduc-

ma en una casa rústica de los alrededores de Madrid. Allí interpretó los desconchones de la vieja pared para hacer arte. Fue su única salida pública, hasta hoy.

Ahora, en la exposición hay óleos, acuarelas de extraordinaria fuerza, dibujos (algunos apuntes a lápiz tienen, además, una "plusvalía antropológica" porque reflejan costumbres y usos ya desaparecidos), portadas, ilustraciones, etc.

Y como homenaje, obras de los que fueron sus discípulos cuando, terminada la guerra, vivió de la enseñanza. Fue un maestro liberal, que nunca impuso una estética a sus alumnos (así ocurrió también con Vázquez Díaz, a quien en nada se parecen sus ilustres alumnos: José Caballero, Caneja, Canogar,

ción, de Jesús Hernández Perera, que también me reservo para leerla y aprender... Porque Jesús —lo recuerdo bien en los momentos fundacionales de la revista "Goya", al lado de Rafael Peña—, porque Jesús siempre fue para mí un maestro, que ejercía su magisterio displicentemente y sin darle importancia... Y digo, sí, que espero aprender de las palabras de Hernández Perera, porque ese homenaje al barroco de que nos habla José Abad tiene que estar en algo más profundo que donde yo se lo veo.

José Abad: homenaje al barroco

(Esculturas). Palacio de Cristal del Parque del Retiro. Madrid.

Ahora me acuerdo de que, hace ya más de veinte años, estando unos amigos con Jorge Oteiza... (otra vez Oteiza. A mí me pasa con Oteiza como, dicen en mi pueblo, pasa con San Agustín, que en todos los sermones sale...). Y es que Oteiza ha sido verdaderamente un maestro mío (¡qué penal! Qué gran maestro para tan menguado discípulo). Pues, como iba diciendo, estábamos algunos amigos con Jorge Oteiza y alguien —alguno de los amigos, o tal vez Oteiza, o tal vez yo mismo— sacó de sus bolsillos un cachivache metálico que se ha-



Conjunto escultórico de José Abad.

bía encontrado y que, evidentemente, podría tener una cierta morfología escultórica. Si, dijo Jorge, son las "esculturas" impensadas que a veces pueden encontrarse casualmente. Vendrá no muy tarde un momento en que a todo esto le demos importancia como primeras materias escultóricas. Si —dijo riendo—, tenemos que formar un movimiento para recuperar escultóricamente a todo esto: lo llamaremos "encontrismo". Sonreímos y no le dimos más importancia a la broma, pero... Pero ya está aquí el "encontrismo", y no solamente en la escultura de José Abad. Pero, desde luego, también en José Abad, y en la presente exposición, está el "encontrismo", pues todas sus primeras mate-

rias son elementos encontrados —tal vez encontrados después de buscarlos—, procedentes de antiguos usos, de detritus de otras acciones, etcétera.

Hay algo en esos bien organizados conjuntos escultóricos que a mí me produce un cierto efecto —¿negativo?— no lejano a la repulsión. Son esas aves, creo que disecadas y creo también que en algún caso fundidas que se incorporan a ellos. ¿Por qué ese efecto en mí? Probablemente, por la presencia de un organicismo en un conjunto donde todo lo demás, hasta la madera, si la tiene, es ya materia inerte. Materia sin posibilidad ya de transformación. Me produce eso un efecto similar al que me produciría, por ejemplo, acostar a un hombre con una muñeca de trapo... Pero no. Pero no es eso. El escultor obra con absoluta corrección artística. Se trata de una sensación personal que no me gustaría que fuese transferible. Porque, desde el punto de vista escultórico, la cuestión es normal e incluso... ¿cómo la llamaría?... perfectamente legal.

Acaso en eso —en la predisposición para eso y para actitudes así— está la cierta cercanía del barroco que yo andaba buscándole candorosamente. Pero no. Hay un barroquismo en la obra de Pepe Abad, un barroquismo presente, aunque no buscado ni creo que deliberado, que está en esa posibilidad de crecimiento hasta el infinito que tienen todos sus conjuntos; en esas posibilidades móviles que tienen algunas formas ligadas a algunas cuerdas... No en las curvas de algunas de sus formas "encontradas", que esas están ahí sin permiso del artista.

De cualquier manera, esa exposición "encontrista" es evidentemente la exposición de un gran escultor, que ya tiene acreditado su magisterio en algunas otras exposiciones anteriores. Y respecto al barroco, en ello no se sitúa demasiado lejanamente de los que, sin convivir su arte, porque él es menor, fueron sus maestros en el grupo El Paso, como, por ejemplo, su paisano Manolo Millares y Antonio Saura, que, aparte de algunos otros, siempre reivindicaron el gran movimiento. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.



"Retrato".

Cristino de Vera, Morales...). En la galería Grifé & Escoda (con la colaboración de Kreisler, Sen y Taniarte) figuran ahora esculturas de Berrocal, dibujos del arquitecto Lamaia, cuadros de José Luis Verdes, Tomás García, Albalat, Rafael Alvarez, Arenillas, Camino, Castro Oliveros, Doderó, Marta Figueroa, María Joaquina G. de las Cortinas, Gaviola, Roberto González, Mavi Grifé, Concha María Gutiérrez Navas, Pilar Hazen, Inchausti, Pedro Marcos, Martínez Sierra, Moreno de Vega, Paloma Navares, María Pagán, M. J. Redondo, Manuel Ros, María Riera, Ruiz de Luna, Sopeña, Antonio Soto, María Viedma.

El sevillano Gutiérrez Navas no tiene ningún cuadro en el Museo de Sevilla. ■ V. M. R.